

PRÓXIMO NÚMERO:

LA MAGNIFICA NOVELA

# UNA BODA INESPERADA

Excelente asunto, interpretado  
por los célebres artistas  
LEW CODY, RENÉE ADORÉE,  
PAULETTE DUVAL, ALEC B.  
FRANCIS, HARRIETT HAMMOND,  
etc.

32 páginas - Numerosas fotografías  
25 céntimos.

Postal-fotografía de

## Sandra Milowanoff

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda España

Precio: 25 céntimos

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

PROPAGANDA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 210

25 cts.



TEODORO  
Y COMPAÑIA

Por MARCEL LEVESQUE,  
MARIO BONNARD, etc.

**FilmoTeca**  
de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V • BARCELONA N.º 210

## Teodoro y Compañía

Adaptación cinematográfica de la célebre obra cómica  
de igual título, original de Armond, Gavault y Nancey

### Reparto

Adriana de Chenerol	MME. ALBA SAVELLI	Clodomiro	MARCEL LEVESQUE
El señor Chenerol	MR. PASETTI	El senador Artaze	MR. CROTI
La Sra. de La Panonse	MME. DOLLY GREY	La senadora	MME. MAUD DE MESLAY
El marido	MR. CAPODAGLIO	Roberto de Malvoisier	MR. MARTINELLI
Teodoro	MARIO BONHARD		etc.



Paseo S. Juan, 33

BARCELONA



### Argumento de la película

París se disponía a recibir dignamente a un huésped ilustre: el Emir de Beluchistan.

En la suntuosa morada de los señores de Chenerol se hacían los preparativos del caso para recibir a las personas invitadas a presenciar tan fausto acontecimiento desde sus balcones.

Los dueños de la casa daban los últimos toques a su *toilette*.

El marido, señor Chenerol, era un hombrecito



nervioso, de buena fortuna, pero más bien necio que otra cosa.

La esposa, Adriana, hermosa mujer, de cuerpo espléndido, de ojos maravillosos, y de andar capaz de quitar el hipo al más ansioso, peinaba su hermosísima mata de pelo, respetada por la última moda en su redonda y delicada cabecita.

Los primeros en llegar fueron los señores de La Panouse, un matrimonio joven como los Chenerol, y de la misma categoría los dos maridos y las dos mujeres.

Francamente hablando, aquéllos no tenían derecho a disfrutar del dulce lazo con tan gentilísimas mujeres. Porque si la señora de Chenerol era bonita, la de La Panouse podía con razón más que sobrada considerarse irresistible. ¡Vaya un par de casaditas!

Los La Panouse se hicieron anunciar a sus amigos.

Mientras esperaban a éstos, hablaron entre sí.

—¡Sería el colmo que no viniese!—exclamó la mujer, después de cerciorarse de que no había llegado nadie antes que ellos.

—¿Quién?... ¿El Emir?—inquirió el esposo.

—A mí el Emir me preocupa muy poco—repuso ella—. Me refiero al señor a quien venimos a ver aquí. A Arcaze, el senador.

—¡Ah, sí!... ¿Tú crees que puedo serle simpático?

—¡Vaya una pregunta! ¡Ni falta que hace! Con que se lo sea yo, basta... ¡Y creo que se lo seré!

—¡Cuidadito con lo que haces!

—Quiero, a toda costa, que para primero del mes próximo hayas ascendido a Jefe de Negociado.

—Ya es querer... ¿sabes?

—Déjame hacer a mí.

Los Chenerol salieron a recibir a sus primeros invitados. Los hombres eran muy buenos amigos. Se tuteaban.

La esposa de La Panouse, fija en su idea, preguntó con sumo interés al señor Chenerol:

—¿Ha invitado usted al senador Arcaze?

—Sí. No puede tardar.

No muy lejos de la casa, en tanto, conversaban

dos amigos de lo más fresco que se encuentra en la creación. Estos eran Teodoro y Compañía, es decir, Teodoro y Clodomiro, dos "genios" que se completaban y que había unido el destino para aprovecharse del bolsillo del prójimo.

Teodoro tenía una novia. Mucho más joven que su Compañía, podía permitirse el lujo de galantear a una monísima criatura, algo sorda, tal vez, algo más que distraída, pero todo lo cual quedaba justificado si se tenía en cuenta que era telefonista...

Esta linda empleada respondía por Lulú, y sentía por Teodoro una pasión inextinguible. Estaba persuadida de que su novio era un ser superior, de mucho talento, que ganaba el dinero a montones con su poderoso cerebro, y no se equivocaba. Pero lo que no sabía era cómo amontonaba ese dinero, es decir, con qué procedimientos "cerebrales".

Aquel día, la muchacha se presentó más alegre que nunca a Teodoro, y le dijo, previendo una partida de campo magnífica con él:

—¡Hay huelga en Teléfonos!... ¡Estoy libre!... ¡Te dedico todo el día, Teodoro!

La noticia no cayó agradablemente en el ánimo del novio. No podía complacer a Lulú. Ante el negocio en puerta, no le era posible pensar en divertirse.

—¡Déjate de ternezas, chiquilla!—le contestó, interrumpiéndola en sus caricias—. El amor también está hoy en huelga. ¡Los negocios son lo primero!

—¿Qué quieres decir, Teodoro? ¿Es que me vas a dejar sola todo el día?

—Me veo precisado a acudir a la invitación de unos amigos míos. Ven conmigo, si quieres; pero no podrás subir a la casa, porque ello se prestaría a equívocas interpretaciones. Sin embargo, podrás verme y podré verte casi toda la tarde, esperándome en la calle, bajo los balcones de dichos conocidos míos. ¿Te parece bien?

—Me parecería mejor tenerte a mi lado, pero, ya que no es posible, sea. ¡Ay de ti si no me miras siempre!



En los salones de los Chenerol, la señora de La Panouse esperaba impacientemente al senador. Al fin llegó éste, y el señor Chenerol cuidó de la presentación del mismo a sus amigos y viceversa.

—O. P. del M. de I. P.—dijo a la señora de La Panouse, el senador, inclinándose ante ella.

Esta quedóse mirando con curiosidad al señor Chenerol, quien, comprendiendo que ella no había descifrado la abreviación, se la aclaró:

—Quiere decir, traducido al lenguaje de las personas: Oficial Primero del Ministerio de Instrucción Pública.

—¡Ah! ¡Qué largo!

Sonrióle el senador, y besándole la mano, añadió:

—¡M. D.!

—¿Cómo?

—Esto quiere decir, traducido a cualquier idioma, que es usted una Mujer Deliciosa, dicho sea con permiso de su marido.

Fué celebrada la galantería del senador, y la señora La Panouse, decidida al logro de sus deseos, esgrimió, con la de la más exquisita coquetería, el arma de la adulación:

—¡Oh, qué discurso el último que pronunció usted, señor Arcaze! ¡Qué elocuencia!... ¡Aun no se ha borrado la impresión que me produjo!

El señor Arcaze abrió unos ojos como manzanas, y, listo como un lince, vió claro en el asunto que iba a plantearle la preciosa mujer.

—Señora, si yo no he dicho nunca, en el Senado, más que Sí o No, como Cristo nos enseña!

—¡Oh, no sea usted tan modesto!

Se apartaron de los demás.

—Sí, ¿eh? Míreme usted a los ojos. Usted es una mujercita encantadora que quiere agradarme porque soy un hombre de gran influencia; ¿no es eso?

La señora de La Panouse no se cortó, sino que, infundiéndose valor, para salirse con la suya, sinceróse con el senador.

—¿Quiere usted que hablemos claro?... ¡Pues bien: le quedaré eternamente agradecida si hace ascender a mi marido!... ¡Es tan bueno el pobre!

El senador, viendo expedito el camino del cielo, sufrió como un desvanecimiento—muy natural a sus años delante de una mujer como su interlocutora—, y para no caer—¡agarrarse, que hay que curvas!—se apoyó en la señora de La Panouse, con la muy “sana” intención de abrazarla.

Ella reprimió los ímpetus del influente personaje, pero éste, sentándose a su lado, en un sofá, acortaba cada vez más la distancia entre los dos, atusándose, como gato satisfecho, sus largos bigotes.

Cerca de uno de los balcones, el señor Chenerol, conversando con su amigo La Panouse, le decía:

—¡Y qué, cuándo asciendes a Jefe de Negociado?

A lo que el Juan Lanás contestó, presenciando de soslayo la escena de su mujer con el senador, que hacía suponer que todo iba viento en popa:

—¡Me parece que estoy a punto de ascender!

—Te felicito, La Panouse. Yo siempre tuve fe en tus capacidades.

Decididamente, al paso que iba el asunto de la señora de La Panouse, al marido *le saldría la inteligencia por la frente*, como una *prolongación* de su cerebro, incapaz de contener tanto fluido.

Sí, la “cosa” se sazonaba eficazmente. Cada vez más envalentonado, el senador murmuró al oído de la caprichosa mujer:

—Espero a usted esta tarde en la calle de Meyerbeer, número 13.

—¡Oh, señor Arcaze! ¿Qué me propone usted?...

—¡Chis!... ¡Estaremos solos!... Allí podremos hablar tranquilamente, del ascenso de su marido...

—No sé si debo aceptar... En fin, iré.

—¡Oh, señora, señora!

El viejo no era tímido, y lo demostraba, mirando de un lado para otro mientras abrazaba a la bella casada.

Esta, haciéndose la ingenua, se desprendió de sus brazos, y sonriente, en hábil combinación de ceder y rehusar, puso este comentario a los ímpetus del senador:

—¡Jesús! ¡Si vamos tan de prisa, señor Arcaze, estoy viendo a mi marido Ministro antes de ocho días!



—¡Quién sabe, quién sabe! Por usted, yo...

No pudo terminar. Acababa de presentarse en el salón la mismísima señora Arcaze, la esposa del senador, una vieja más celosa, pero mucho menos agradable y cariñosa que un faldero.

El marido se apresuró a disimular, y presentó a las dos mujeres.

—Te presento a la... a la...

—¡Sí, ya!... ¡Alá es Alá, y tú, Mahoma, su profeta!...—le atajó la vieja gruñona, apartándose de la señora de La Panouse, que no perdió su sere-



*El viejo no era tímido, y lo demostraba...*

inidad, adoptando una actitud de dulce paloma.

En la calle, en aquellos momentos, Teodoro se despedía de Lulú, quedando en verla desde el balcón de la casa de sus amigos.

La señora de Chenerol, conversando con el senador, se interesaba por Teodoro, que era sobrino del mismo.

—¿Es que no va a venir?—le preguntó.

—¡Valiente sobrino!—intervino la senadora—. ¡Digno de tal tío! Se pasa las noches en los *caba-*

*rets*, y luego, por las mañanas, no hay quien lo levante de la cama.

—¡Bah! Teodoro era un buen muchacho, pero desde que se ha hecho amigo de un tal Clodomiro, un ganapán de los de peor especie, se ha contagiado—dijo el senador.

—Me gustaría conocer al Clodomiro ese—manifestó la señora de Chenerol—. ¡Debe ser un tipo delicioso!

Y fué en tan preciso momento que Teodoro llegó a los salones de los Chenerol. Le recibió la señora de la casa, que le miraba con mucha simpatía.

—Entre usted, amigo Teodoro. Estábamos hablando de usted con sus tíos.

—Buenas tardes... Perdonen ustedes que, abusando de su amabilidad, me haya permitido invitar a tres amigos míos que deseaban ver el paso del Emir.

—¿Ha invitado usted a Clodomiro?

—¿A Clodomiro?... No, no, señora... Está muy ocupado... En cambio, los otros tres tenían la tarde libre... Dos de ellos aguardan en el recibidor... El tercero no tardará en venir.

La senadora se mezcló en la plática, mirando con furor a su sobrino:

—¡No entrarán!—exclamó—. ¿Cómo te atreves a traer a una casa decente a tres amigos tuyos que serán tres borrachines de los de peor especie?

Teodoro iba a salir en defensa de sus "amigos", pero la señora de Chenerol dió fin al incidente complaciendo a aquél.

—¡Sí, sí, que pasen! ¡Serán unos tipos muy agradecidos!

Teodoro hizo entrar a los dos que esperaban, y todos se sorprendieron al ver a unos tipos que no tenían ni un asomo de elegancia ni buenas maneras. Uno de ellos llevaba un perro con cara de pocos amigos.

—Advierto a ustedes que el perro muerde. Por eso le traigo atado—dijo su dueño, como saludo general.

Y a continuación, sin que Teodoro pudiera hacerle callar, se dedicó a contemplar, desde lejos,



a las mujeres.

—¡Es una señora de una vez!... ¡Me gusta!— dijo, refiriéndose a la señora de Chenerol.

Y llenó de preguntas a Teodoro, en voz alta:

—¡El balcón es grande?

—Sí, muy grande.

—Siendo así, no digo nada. Es que no me gustaría estar muy apretado.

—¡Imbécil!—le espetó el otro invitado—. Cuando se está rodeado de mujeres bonitas no son desagradables las apreturas.

Como se ve, los dos sujetos eran de pronóstico.

Los demás invitados, atendiendo el amable ofrecimiento de los señores de la casa, fueron al *buffet*, para esperar mejor el paso del Emir.

—¿Nosotros también tenemos derecho al *buffet*?—dijo el tío del perro a Teodoro, aprestándose a ir a aprovecharse de la ocasión.

Y Teodoro, temiendo que sus "amigos" le comprometiesen en la casa, les hizo algunas observaciones.

—Mi amigo Clodomiro ha debido advertirles que los dueños de la casa son personas honorabilísimas y muy susceptibles.

—Algo así...

—Si han alquilado el balcón ha sido porque tienen, de momento, necesidad de dinero, pero no por eso descienden del ambiente en que viven... ¿comprenden?

—Nada, hombre... Nosotros nos pondremos a la altura que convenga, ¡no faltaba más!... De modo que vamos al *buffet*, ¿verdad?

—Sí. Vayan... Coman y beban, pero, por favor, tengan ustedes presentes mis indicaciones.

Llegaron más invitados. La casa estaba muy animada. El *buffet*, bien provisto, tenía muchos adictos, siendo inútil decir que los que más honor hacían a los bocados eran los dos "amigos" de Teodoro, que, gente inculta, se empeñaban en cometer torpezas, sin respetar los sexos.

Por último presentóse el tercer "amigo" de Teodoro, un joven delgado, pulcramente vestido, de aspecto aristocrático, un tanto afeminado,

Menos mal que Teodoro le vio llegar, para introducirlo.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme su nombre, que no lo recuerdo?—preguntó en el salón.

—¡Pero, hombre, si se lo di a usted cuando me vendió la invitación! Soy Roberto de Malvoisier.

—¡Ah, sí! Pase, pase usted.

El recién llegado iba a entrar en el *buffet*, mas le aquí que una visión inesperada le impidió hacerlo.

—¿Qué tiene usted? ¿Por qué retrocede y me mira de esa manera?—dijole Teodoro.

—¡Esa mujer!... ¡La morena!... ¡La que está junto al balcón!... ¡Por favor!... ¿Quién es?

—La señora de Chenerol, la mujer de mi amigo, el dueño de esta casa.

—¡Cielos!... ¡Yo me voy!

—Pero...

La aparición del señor Chenerol los dejó suspensos a los dos.

—Amigo Teodoro, siento mucho tener que decirte que esos dos amigos que has traído no andan muy sobrados de educación, que digamos—manifestó al mismo, disgustado por las groserías de los dos tipos raros.

¿Qué podía contestar Teodoro a tales palabras? ¡Ah! El tercer "amigo" le salvaría.

—No pude pensar que esos "muchachos" me hicieran quedar mal, pero no dirás lo mismo de este joven, Roberto de Malvoisier, a quien te presento, un señor muy bien educado...

Y Malvoisier tuvo que quedarse en la casa, y el temido encuentro con la mujer morena, o sea, con la señora de Chenerol, fué inevitable. Menos mal que estaban los dos solos.

—¡Tú aquí!!—exclamó ella.

Eran buenos amigos. Se conocían de mucho tiempo.

—El Teodoro ese me ha hecho venir aquí para ver pasar al Emir. Yo ignoraba en absoluto a qué casa venía ni quién vivía en ella. ¡¿Qué coincidencia!!

—¡Y yo que me había jurado a mí misma que ja-



más conocerías a mi marido!

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Si al cabo de seis meses que nos conocemos, tú no te hubieses obstinado en no decirme tu verdadero nombre ni dónde vivías, no nos encontraríamos ahora en la más absurda y peligrosa de las situaciones!

—¡Dios mío, si mi marido llega a sospechar algo, con lo celoso que es!

Se habían sentado en el sofá, muy cerca el uno del otro. Malvoisier, a pesar de sus temores, acariciaba a su gentil amiga, visto lo cual por el individuo del perro, al que habían encerrado en una habitación, provocó una nueva audacia del mismo.

—¡Por una mujer bonita, como usted, pierdo yo la cabeza!... ¡Claro que después de haber perdido el corazón!

El "amigo" estaba bebido, y dando un traspie manchó de vino la americana de Malvoisier.

—Traiga usted—dijo Adriana a éste—. Haré que se la limpien en un momento.

Roberto obedeció, y apenas quedó en mangas de camisa, el señor Chenerol, apareciendo de nuevo, creyó ver impudor en lo que no era más que una desgracia.

—¡Esto pasa ya de la raya, caballeros!

Pero Adriana se apresuró a referir lo sucedido, y Chenerol calmóse.

—Venga y se pondrá un pijama mío—dijo a Malvoisier.

Poco después, mientras estaban limpiando la americana manchada, Chenerol, de regreso al salón, encontró en el suelo una cartera. Abrióla, para saber de quién era.

Vió que pertenecía a Malvoisier. Se la restituiría. Un retrato se asomaba por uno de los departamentos. ¿Sería la amiga del invitado?... La curiosidad pudo más que el respeto a los secretos ajenos, y al contemplar la fotografía, no pudo contener un grito de asombro.

—¡Mi mujer!!

En rápida transición, prosiguió:

—Calma... ¡Mucha calma!... Serenidad... ¡Mucha serenidad!... Yo he de saber qué significa esto: ¡y lo sabré en seguida!

Adriana y Malvoisier volvieron al salón, una vez quitadas las manchas de la americana.

Chenerol, aparentando la mayor sangre fría, devolvió a aquél la cartera, y tranquilamente, le dió asimismo la fotografía de Adriana, doblada, como estaba en la cartera cuando él la sacó de ella.

Malvoisier tornóse pálido, y Adriana, al ver de lo que se trataba, esforzábale en no venderse con su turbación.

Por fortuna, Teodoro había visto todo aquello, y colocándose detrás de su "amigo" Malvoisier, exclamó, quitándole de las manos la citada fotografía:

—¡Oh!... ¡Un retrato de Gaby Printemps!

—¿De quién?—preguntó el marido, receloso.

—De Gaby Printemps. Una "estrella" de *music-hall*.

—¿Cómo es que tú nunca me has hablado de ella ni aun para decirme que se parece tan extraordinariamente a Adriana?

—Es verdad... Ni yo mismo lo había reparado... Vista así, en retrato, tu mujer se parece bastante a ella... Pero Gaby Printemps es rubia... ¡rubia como el oro!... Es un detalle que aquí no se percibe, por el sombrero.

La declaración de Teodoro había sido tan espontánea, que todos la creyeron muy posible; Adriana y Malvoisier, por la cuenta que les tenía; pero Chenerol no se dio por satisfecho, y Teodoro comprendió que quería percatarse de que la tal Gaby Printemps existía y se parecía tanto a Adriana.

Adriana, por su parte, recriminó severamente a su esposo, agradeciendo íntimamente la ayuda de Teodoro, el haberla confundido con una artista de café-concierto, y Chenerol, desconcertado ante la digna actitud de su esposa, tenía haber cometido una ligereza que sería, tal vez, la causa de un enfriamiento de las buenas relaciones que le unían a su cara mitad.

Quedaron un momento a solas Teodoro y Malvoisier, a quien el primero dió:

—¿Qué tal le ha parecido mi faena, acongojado trovador?



—¡Oh, amigo mío, su intervención ha sido el áncora que nos ha salvado a todos! ¡No sé cómo pagarle tan inmenso favor!

—¿Que no sabe usted cómo pagarme?... Vengan mil francos.

La petición de premio fué tan rápida, que Malvoisier no tuvo tiempo de meditarla, y alargó un billetazo a Teodoro.

Volvió Chenerol, quien, dirigiéndose a Malvoisier, le dijo, malhumorado por la discusión que acababa de sostener con Adriana, y presa de dudas, a pesar de todo:

—¡Entienda bien lo que le voy a decir! O yo conozco, personalmente, a esa Gaby Printemps antes de esta noche, o mañana por la mañana le meto a usted una bala en el estómago.

La amenaza era muy indigesta... pero Teodoro, inagotable en recursos, tranquilizó a Malvoisier, al volver a quedar a solas con él, y al reunirseles Adriana, expuso sus ideas.

—Yo me encargo de que su esposo conozca esta misma tarde a Gaby Printemps.

—¡Pero eso costará mucho dinero!—exclamó Malvoisier, previendo que la que se hiciera pasar por Adriana se lo haría pagar caro.

—¡Quince mil francos!—dijo Teodoro.

—Eso no es nada!—comentó Adriana, valiéndose de su opinión una mirada nada dulce de Malvoisier.

—¡Claro que más los gastos!—añadió Teodoro—. ¡Chenerol hará lo que ha dicho! Se lo advierto a usted, amigo mío, para su gobierno.

—¡Poco importa!... Malvoisier pagará todo lo que usted quiera...—afirma Adriana.

Y Malvoisier, obligado a ello, tuvo que inclinarse.

—¡Está bien!... Yo pagaré todo lo que usted quiera, pero sáquenos usted pronto de este lío.

—Oígame bien... Antes de irse usted de aquí tiene que decirle al señor Chenerol que le espera, a las cinco de la tarde, en casa de Gaby Printemps, calle de Meyerbeer, número trece.

—¿Y qué?...

—¡Respeten el secreto profesional! Ustedes dos

han de estar por completo a mi disposición.

—Conforme. Nos entregamos a usted, amigo mío.

Más tranquilos, los dos culpables se dirigieron al balcón, para disimular, y sólo entonces hizo su aparición en el mismo Teodoro.

Lulú, al verle, agitó alegremente un pañuelo.

Pero Teodoro no había salido al balcón para corresponder a las ansias de Lulú, sino para dar una señal convenida.

En efecto; dicha señal no tardó en dar sus frutos.

Se presentó en la casa de los Chenerol un guardia. Pidió por el dueño. El señor Chenerol no se hizo esperar.

—¿Qué se le ofrece?

—Señor, estoy encargado por la Prefectura de instruir contra usted proceso verbal...

—¿Por qué motivo?

—Por haber faltado a las disposiciones relativas al paso por las calles de París de Soberanos extranjeros.

—¿Qué dice usted?

—Usted ha alquilado su balcón a varias personas sin dar aviso previamente a la Prefectura.

—¡Está usted en un error, guardia!

—No hay tal error, señor. El señor Bigonet, el señor Picase y el señor Malvoisier le han dado a usted dinero para estar en su balcón viendo el paso del cortejo.

—¡Esto no es cierto!

—La autoridad está siempre segura de lo que dice... ¡No se equivoca nunca!

Aquí, apareció Teodoro, a quien Chenerol no pudo menos de decirle:

—Supongo que no habrás tenido la audacia de alquilar, como afirma el guardia, huecos en mi balcón.

—¿Yo?... No, no. ¡Vaya una suposición!

—¡Está bien!... Que hagan el favor de venir los señores a quienes he nombrado antes—prosiguió el guardia—. Les interrogaré.

Entonces Teodoro se vió "precisado" a cantar claro.



—No es necesario... Confieso mi falta. Mal aconsejado por la necesidad de dinero yo he hecho esos alquileres, en efecto...

—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre comprometerme de este modo!

—Celebro que el señor haya reconocido su falta. El dueño de la casa es usted, y, por lo tanto, el responsable. Sígame a la Prefectura—continuó el guardia.

En vista de que la cosa se ponía seria, Chenerol trató de arreglarla sin tener que molestarse en ir a declarar, cobrando el guardia, gracias a una idea apuntada por Teodoro a aquél, quinientos francos, *para los pobres del barrio*, que los dos socios—pues ya se habrá comprendido que el representante de la autoridad no era nadie más que la Compañía de Teodoro, o sea, Clodomiro—, se repartieron, no sin haber intentado este último escapar con todo el dinero.

Al separarse, Teodoro y Compañía convinieron en encontrarse más tarde en su *cuartel general*, para preparar el nuevo asunto que debía arreglar Teodoro, y en el que debía ser engañado como un chino el señor Chenerol.

La senadora no dejaba vivir a su marido, y el perro de uno de los falsos amigos de Teodoro, que se había fijado con especial interés en ella, logró romper sus cadenas, y se puso terco en morderle las piernas y las ropas, dejando a la pobre mujer en paños menores encima de una mesa, a la que se subió para escapar a la dentadura del dogo infame.

Teodoro reapareció en el balcón, mientras la Compañía se acercaba, en la calle, a Lulú.

—¿Pero qué hace Teodoro tan pegado a aquellas dos señoras?—preguntóle la telefonista a Clodomiro, sin reparar demasiado en que éste iba disfrazado de guardia, tal era su preocupación por lo que estaba haciendo su novio.

—¡Respete el uniforme!—le contestó Clodomiro.

Y Lulú, presa de celos, rompió a llorar, llamando la atención de un buen señor que esperaba el paso del Emir.

—¿Qué le ocurre a esa señorita?—preguntó aquél

al seudo guardia.

—¡Pobrecilla! Le han robado el monedero con cien francos y teme lo que la espera cuando llegue a su casa.

La mentira fué excelente, pues el desconocido, apenado, sacóse su cartera, cogió de ella un billete como el que *había perdido Lulú*, y entregándoselo al guardia, le dijo, emocionado:

—Dele la cantidad que ha perdido, y dígame que no lllore... Tome usted...

Y Teodoro embolsó el dinero, sin pensar en medias partes con su socio... ni con la socia circunstancial.

•••

Confundidos en el bullicio de París, todas y cada una de las personas llamadas a moverse a impulsos de la voluntad de Teodoro, se dirigieron a tomar posesión de los papeles que les estaban reservados.

Clodomiro, transformado en criado, se aprestaba a entrar en funciones.

Teodoro había convencido a la propia Adriana de que debía ser ella misma quien representara el papel de Gaby Printemps, tiñéndose momentáneamente el cabello, y metamorfoseándose, gracias a las hábiles manos de dos encargadas del mejor Salón de Belleza, en una verdadera artista de café-concierto de primera categoría.

Teodoro había instalado a Adriana en el chalet de su tío, el senador Arcaze, a cuyo mayordomo se presentara diciéndole que por deseo de la inquilina a quien su tío alquilaba su finca, él, Teodoro, sería su administrador; no siendo, por tanto, necesarios sus servicios en la casa, hasta nueva orden.

El incauto mayordomo del señor Arcaze impuso a Teodoro de cuanto le interesaba saber, y le dijo:

—Ha hecho bien su tío, señorito Teodoro, en alquilar el chalet. ¡Desde hace más de tres años no pone los pies aquí!

Ya ausente el mayordomo, en el chalet quedaron, dueños absolutos del mismo, Teodoro, la Compañía, como criado, Adriana, en su papel de Gaby Printemps, y Lulú, la novia del primero, que se había



prestado a obedecer a su amado, aceptando el papel de hermana de la falsa Gaby Printemps, para cuya buena actuación Teodoro y Compañía la alocionaban, además de haberle entregado una libreta en que estaba anotado cuanto tenía que hacer y decir, preguntásenle lo que le preguntaren.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

—Ese es Malvoisier—dijo Teodoro—. Le he conocido en la manera de llamar. Le tiembla el pulso.

Era él, en efecto. Le recibió Clodomiro, al que Malvoisier no conocía. Fué introducido cerca de Adriana, y al verla, pronunció el nombre de Gaby Printemps, dudando de que la mujer que estaba viendo fuese la misma Adriana.

Mas ésta se descubrió, y ante el asombro de Malvoisier, le contó lo que se proponía Teodoro.

—Tenía que ser yo, forzosamente, la que se hiciera pasar por Gaby Printemps; porque, ¿cómo ibas a poder presentar a mi marido a una mujer que no existe?

—Tienes razón. Y creo que tu marido no va a notar el cambio, como yo, de momento, si no me avisas tú. A ver si se da por vencido de una vez. Toma, un obsequio. Como yo no sabía nada de esto, había comprado unos *marrons glacés* para introducirme. Cómetelos tú.

Lo que no había ocurrido hacía más de tres años, según el mayordomo del señor Arcaze, iba a ocurrir aquella tarde: que el senador visitase su chalet...

Malvoisier, impaciente por la tardanza de Chenerol, iba siendo presa de temores, y se los confiaba a Adriana.

—¡Dios sabe lo que va a pasar aquí, Adriana!

Clodomiro aproximóse a ellos, y advirtió a Malvoisier:

—Señor de Malvoisier, no olvide que aquí el único que conserva su personalidad, hasta ahora, es usted. Los demás hemos sufrido todos una metamorfosis. Esta señorita es Gaby Printemps, no Adriana Chenerol. No vale confundirse si es que no quiere usted dejar, también, de ser quien es a manos de su esposo.

Tras esto, se alejó.

—¿Quién es este individuo?—preguntó atónito

Malvoisier.

—La Compañía de Teodoro... su socio.

—¡Valiente socio!

Clodomiro fué a reunirse con Teodoro y Lulú, obsequiando a ambos con las castañas en dulce ofrecidas por Malvoisier a Adriana, y que ésta entregó para que se las comieran los tres.

Adriana estaba encantada de cómo Teodoro lo había organizado todo, sin olvidar el más insignificante detalle, y poco a poco, Malvoisier iba animándose.



*Clodomiro fué a reunirse con Teodoro y Lulú, obsequiando a ambos con las castañas en dulce...*

Llamaron de nuevo a la puerta. Clodomiro apresuróse a ir a recibir órdenes de Adriana.

—Si es mi marido, que pase y que tenga la bondad de esperar un momento.

—Pero, ¿y si te reconoce por la voz?—inquirió, temeroso otra vez, Malvoisier.

—No temas. Hablaré con marcado acento marsellés.

Clodomiro hacía una creación de su papel.



—¿El señor es empresario?... ¿Director?...

—No. Nada de eso.

—¿Ni autor dramático siquiera?

—Tampoco.

—Pues sepa el señor, y perdone la libertad, que en las casas de estas celebridades no se entra así como así...

Chenerol, pues era él, entregó su tarjeta y demostró no estar dispuesto a dar explicaciones.

—¡Tome, y anúncieme!

—Sigo pidiendo al señor que me perdone la indiscreción... ¿El señor viene de aficionado... de turista?... ¿A pasar un rato agradable?...

—Sí... sí... A eso... A lo que sea...

—En este caso, me permito hacer observar al señor que ha hecho mal en venirse con las manos vacías.

—¿Qué debía traer?...

—Es costumbre de la casa que en la primera visita se haga preceder el visitante por unas flores, o, al menos, traer una caja de *marrons glacés*.

—¡No lo sabía!

—¡Aquí están!

—¡Caramba! Es usted previsora. ¿Cuánto valen?

—Una nimiedad... Cien francos.

—¡Demonio!...

—¿Le parecen baratos al señor?

Chenerol pagó cien francos por los restos de la caja de *marrons glacés* regalada por Malvoisier a Adriana, y Clodomiro, más satisfecho que nunca, embolsó el dinero del marido que iba a ser objeto de una burla colosal.

Malvoisier no se creía con ánimos para seguir interpretando la farsa, al oír la voz del señor Chenerol, pero el recuerdo de la bala en el estómago le hizo revesarse de valor.

Chenerol fué presentado a *Gaby Printemps*, y sus primeras palabras, después de la natural estupefacción, fueron éstas:

—¡Es sorprendente!... ¡Si no tuviese la seguridad de que Adriana está en casa!...

—¡Guasón!... ¡Ha tenido usted una ocurrencia bien peregrina para llegar hasta mí!—exclamó Adriana variando su voz. Y añadió, cimbreándose

de lo lindo—: Permítame que te hable de tú, Chenerol... ¡Me has sido muy simpático!

Chenerol no volvía de su asombro, pero las caricias de la artista le gustaban extraordinariamente.

—¿Es celosa tu mujer?—prosiguió ella—. ¿Sí?... ¡Y puede que la engañes, pobreci a!

Teodoro hizo entrar en aquel momento en escena a Lulú, a la que Clodomiro presentó como hermana de *Gaby*.

Malvoisier, que no conocía a tal hermana de Adriana, no sabía qué decir ni qué pensar, creyendo volverse loco en aquel formidable lío.

—¡Teodoro y Compañía!... ¡Qué Compañía!—se dijo.

Chenerol, encantado de la juventud de Lulú, la miraba con ojos persuasivos, y empezaba a seducirle la aventura.

La misión de Lulú era decir a su hermana que la mamá de ambas la enviaba a buscar el dinero que ella le asignaba cada mes. Desde luego, *Gaby* dijo que no tenía dicho dinero encima, y obligó a Malvoisier, indirectamente, a entregar quinientos francos, haciendo lo propio Chenerol, en nombre de Lulú, que también pasaba quinientos francos a su madre. Total: 1000 francos más para la asociación de frescos.

Lulú adulaba constantemente a Chenerol, pronunciando las mismas palabras siempre, pues en su libreta no había otras y ella era una muchacha muy obediente... y enemiga de meter la pata.

En aquellos momentos llegaron al chalet el senador y la señora de La Panouse, por una puertecilla del jardín, sin ser vistos por nadie, creyéndose completamente solos.

Se instalaron en una de las habitaciones superiores, para admirar mejor el bello campo...

*Gaby Printemps*, para retener a su lado a Chenerol, a fin de convencerle de que ella no era su esposa, obsequió a sus amigos con un te, en el que abundaba la alegría y el champañ. *Gaby* y Lulú bailaron, y Chenerol se sentía atraído por ambas mujeres. Las dos le gustaban, pero *Gaby* le seducía. ¡Era su misma esposa—decía—pero mejorada!

Teodoro no se había presentado aún ante Chene-



rol, y como viera que éste se resistía a tragarse la píldora, recurrió a una estratagema de las suyas.

Hizo irrupción en la sala en fiesta. Dirigióse recto a Chenerol, y le dijo que llegaba de su hogar, y que su mujer se había enterado de que él estaba en casa de *Gaby Printemps*, y que se disponía a ir a arrancarle los ojos, por haber dudado de su fidelidad.

Chenerol asustóse, y todos le ayudaron a marcharse, pero, al punto de salir, exclamó:

—¡Amigos míos!... ¡Una idea genial! ¡Voy a tranquilizar a mi mujer sin necesidad de moverme de aquí!

Ahora fueron Adriana, Lulú, Malvoisier y Clodomiro los que se asustaron, pero Teodoro estaba allí y no le sería difícil dar con una buena solución. La halló. Nada más fácil que hacer ver a Chenerol que comunicaba con su esposa, pues apartando a aquél a un teléfono y colocando a Adriana en otro, secreto, que comunicaba con todas las habitaciones de la casa, fué Adriana quien contestó a su marido, después de haber armado, Teodoro y Compañía, un barullo en la línea, para imitar el que ocurre cuando se pide cualquier comunicación a la Central.

El engaño fué colosal. Lulú contestó al demandante, actuando de telefonista, su profesión, y luego hablaron Chenerol y Adriana.

—¿Eres tú, Adriana?

—¡Ah! ¡Eres tú, Chenerol? ¿De dónde me telefonas?

—Estoy en Passy, haciendo un peritaje. No sé si podré volver esta noche a París... Creo que sí...

—¡Como me engañes, como sepa que has estado en casa de esa mujer, soy capaz de matarte... así, como lo oyes!—le contestó Adriana, conteniendo la risa.

Cesó la comunicación. Todos estaban tranquilos. Chenerol se quedaba con *Gaby Printemps*, su propia mujer, y con Lulú, que no cesaba de guiñarle el ojo.

Teodoro y Compañía, para lograr buenas ganancias, organizaron una partida de bacará, y Malvoisier, que conocía a la Compañía, no se equivocó al suponer que iban a ser "arruinados" en pocos mi-

nutos.

Y así fué, en efecto, pues Clodomiro cambió las cartas en el momento oportuno, con la complicidad de un papagayo muy parlanchín.

La señora de La Panouse se había asustado al oír ruido en la casa, y el timbre del teléfono, y optó por desaparecer. El senador se puso en guardia, y vió llegar hacia sí a Lulú, que, distraída, no había reparado en que él la estaba contemplando.

—Señorita, ¿tendría usted la bondad de decirme cómo ha entrado usted aquí y qué ha venido a hacer a esta casa?

—¡Maná está acatarrada... y... y... ¡La verdad, señor! ¡No me acuerdo de nada de lo que me han dicho, y no quiero tirarme una plancha!—repuso Lulú, desapareciendo hacia la calle, pues acababa de enterarse de que se había terminado la huelga de teléfonos y quería reintegrarse a su puesto.

El senador la tomó por una loca, y apenas repuesto de su estupor, se le vino encima Clodomiro, que se lo quedó mirando de pies a cabeza.

—¡Otro loco... con librea!... ¿Qué hace usted aquí?

—¡Precisamente esa es la pregunta que le iba a hacer al señor!

—¿Yo?... ¡Yo estoy en mi casa!

—¡El señor se ha equivocado de *jaula!* ¡Esta casa es la de Gaby Printemps!

—¿Gaby Printemps? ¡Oh! ¡Esto es incomprendible! ¡Yo soy el dueño de este chalet, yo, el señor Arcaze, y esa mujer es una aventurera!

—¡Atíza! ¡El senador! ¡Oh, señor! Yo no sabía nada. A mí también me ha engañado entonces. ¿Dice usted que esta mujer es una aventurera?

—Sí, y voy a mandarla detener.

—¡No se moleste, señor! Yo mismo iré a llamar a la policía.

Clodomiro desapareció, en busca de Teodoro, a quien enteró de la llegada de su tío. ¡La situación se complicaba! Pero no se arredraron.

El senador aguardaba impaciente a la policía, cuando se le presentó, como por encanto, como los otros dos, el señor Chenerol.

—¡Caramba, senador! ¡Qué sorpresa!



—¿Qué hace usted aquí, señor Chenerol?

—Vine a ver a una mujer encantadora. Ya le contaré. Es cosa larga. Le aseguro que conservaría de esta visita un recuerdo agradabilísimo si su sobrino no me hubiese ganado dos mil quinientos francos al bacará.

—¿Pero Teodoro está aquí también?

—¡Ya lo creo! Es muy amigo de esa Gaby Printemps.

—¡Ah, el miserable! Este chalet es mío, pero ese sinvergüenza de Teodoro se lo ha alquilado, por lo visto, a dos mujerzuelas, a una de las cuales acabo de ver. ¡Vaya loca!

—¡Esta sí que es buena! ¡Hizo como en mi casa, esta mañana, con el balcón! ¡Se conoce que su sobrino se dedica a los alquileres baratos!

Clodomiro, disfrazado de policía, presentóse ante el senador y el señor Chenerol.

—¿El señor mandóme llamar por el criado?

—Sí; haga el favor de arrojar de aquí, inmediatamente, a una tal Gaby Printemps, que se ha introducido en este chalet sin derecho.

—Está bien—contestó Clodomiro, procurando que no le viesen el rostro, pues el bigote que se había puesto, se había negado a obedecerle, y la mirada del mismo se le había caído—. Pero antes dígame usted qué tengo que hacer con dos señoras que están ahí, en el recibidor, poniendo como hoja de perejil a la doncella... Hay una que dice: "¡Soy la señora Arcaze, la mujer de ese viejo verde, que viene aquí a hacer conquistas!..."

—¿Eh?... ¿Es una señora muy fea?

—¡Sí!... ¡Y muy vieja y muy desagradable!

—¿Es ella!... ¡No me cabe duda!... ¡Ella, mi mujer!

—¡Bueno!... ¿Y qué hacemos de Gaby Printemps?

—Me marchó. Déjeme usted. ¡Con esa intrusa ya me las entenderé yo más tarde!

Huyó el senador, y entonces, Clodomiro dirigióse al señor Chenerol.

—Perdone, caballero, ¿anda por aquí el señor Chenerol?

—Sí... ¿por qué?...

—Porque creo que la otra señora que está ahí

es la suya.

—¿Cómo?... ¿Qué ha dicho usted?

Teodoro ayudó a Clodomiro, apareciendo en este momento.

—¡Escondé'le, Chenerol, que está ahí Adriana! ¡La doncella apenas puede contenerla!... ¡¡Trae un revólver!!

Chenerol corría como un loco, implorando a Teodoro que lo escondiese en sí lo seguro.

Adriana habíase transformado de nuevo en mujer de casa, libre de tinturas y colorete, y buscó a



*Clodomiro, disfrazado de policía, presentóse ante el senador y el señor Chenerol.*

su marido, hasta encontrarle, por supuesto, pues así lo había dispuesto Teodoro.

Al verse descubierto por la propia, Chenerol imploró perdón asegurándole que no había hecho nada malo, y que jamás volvería a tener celos.

—¡Basta! ¡Ya hablaremos en casa!

Iniciaron la partida, pero Chenerol volvióse un momento para decirle a Malvoisier, que no las te-



aía todas consigo:

—Esta noche nos veremos en el teatro. Quiero ofrecerle mis excusas a Gaby Printemps. ¡Ha estado muy amable conmigo!

Y a Malvoisier le faltó el tiempo para repetir a Teodoro lo que le dijera Chenerol.

—¡Esto se complica! ¡Me ha dicho que esta noche irá al teatro!

—¡Calma!... ¡Ya está! ¡Esta noche, la señorita Gaby Printemps cantará! ¡Será el mayor acontecimiento teatral!

Y Malvoisier, rendido por tantas emociones, exclamó:

—¡Qué Compañía!

\*  
\*  
\*

Aquella noche, Adriana, otra vez *Gaby Printemps*, iba a debutar en un teatro de *variétés*. Teodoro sabía que tenía una voz delicada, y como el cuerpo era de lo mejor que había visto, no dudó un momento que obtendría un resonante éxito. Pero debía presentarse en público lo más ligerita de ropa posible, es decir, mostrar, en parte, sus divinos tesoros...

El empresario estaba encantado del contrato firmado con la nueva "estrella", que, al revés de las otras, pagaba para actuar. Pero sólo cantaría una noche. Porque Teodoro suponía que una noche bastaría para que Chenerol no dudase más de Adriana, y tuviese la absoluta seguridad de que *Gaby Printemps* no era un cuento, sino una realidad aplastante. Como al día siguiente, la artista habría desaparecido, Teodoro diría a Chenerol que contratos en Rusia o en China la habían separado repentinamente de París.

Clodomiro se disfrazó de bombero, para colocarse a la puerta del escenario, a fin de evitar que Chenerol entrase a ver a *Gaby Printemps*, o avisar a Adriana, para que su marido no la cogiese desprevenida.

Chenerol llegó, y cuando Clodomiro iba a oponerse a su paso, el jefe de los bomberos de servicio en el teatro, le reprendió por meterse en camisa de once varas.

Pero Clodomiro se las arregló para seguir a Chenerol, y sorprendiendo a éste fumando en la salita de la Dirección, acercósele y le dijo, con el doble motivo de sonsacarle dinero y entretenerle:

—¡Prohibido fumar!... ¡Cincuenta francos de multa!

Como la orden era inapelable, Chenerol pagó los cincuenta francos, y, a la vista de los billetes que contenía su cartera, suspiró, además:

—¡Con qué gusto daría yo estos dos billetes de quinientos francos por cenar esta noche con Gaby Printemps!

A lo que Clodomiro, amablemente, contestó:

—Si el señor quiere enviarle algún recado, yo hago de botones también, si es preciso.

—Sí, hágame el favor de entregarle esta tarjeta.

Y escribió en la cartulina: *La espero después de la función para tener el gusto de cenar con usted.*

—Váyase usted tranquilo, que cumpliré su encargo, señor. Pero, perdone, ¿tiene usted una cerrilla?

Maquinalmente, Chenerol dió lumbre al cigarro que Clodomiro apresaba en sus labios, y que era el que él se disponía a fumarse antes, marchándose esperanzado, sin reparar en que el bombero hacía cumplir las ordenanzas a los... primos, no a sí mismo.

Pero tampoco le fué posible a Clodomiro fumar el cigarro, pues su jefe se lo quitó de la boca, censurándole su frescura.

El Emír entró en el teatro, sin que nadie lo esperara. El empresario, satisfechísimo, acudió a ofrecerle el mejor palco.

—Vuestra Alteza—le dijo—va a tener ocasión de admirar a una nueva estrella, Gaby Printemps. Es una dama de la aristocracia... La infeliz vive escondiéndose de su marido, un hombre terrible, que ha jurado hacerla picadillo porque no se presta a sus maquinaciones.

—¡Gaby Printemps!... ¡La Ninfa pura!... ¡La de las blancas azucenas!... ¡Que le lleven un ramo de azucenas de mí parte!—exclamó el Emír, que parecía no tener vibración alguna, pues todo lo miraba con una languidez rayana en la frialdad más



completa, como si estuviese hastiado de la vida.

El público, numeroso y selecto, le tributó una ovación, y más contento se puso el secretario, que parecía un loro, que él mismo.

El obsequio del Emir a *Gaby Printemps* era una demostración de que el magnate se interesaba por la artista y por la desgraciada esposa que huía de su marido... Teodoro abrió el ojo. ¡Se presentaba un buen negocio!

Pero a Clodomiro no lo dejaba en paz un momento su jefe, y éste lo mandó, cuando menos descos



*Maquinalmente, Chenerol dió lumbre al cigarro que Clodomiro apresaba en sus labios...*

tenía él de alejarse de su puesto de observación, a revisar el material de incendios, porque estaba el Emir en la sala.

Clodomiro, indignado, y después de derribar, involuntariamente, una decoración de fondo, en eró a su socio de que el bombero de marras lo estaba mareando, pero Teodoro le consoló, comunicándole la galantería del Emir, y asegurándole que todo

marchaba a pedir de boca.

—A propósito—dijo Clodomiro—, Chenerol quiere cenar esta noche con... con su mujer. ¡Da mil francos por ello!

—¡Esto es demasiado! ¡Yo veo una mujer!... ¡Veo al Emir!... ¡Veo!...

—Sí... ¡Veo a Teodoro en la cárcel... y a mí también!...

—¡Cállate! ¡Ponte el disfraz número cuatro, y que venga Lulú inmediatamente!

Esta no se hizo esperar.

—Te vas a quedar sola. Va a venir un señor, el mismo que viste en la calle de Meyerbeer, 13. Tienes que decirle: "¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Quiero que seas mío!"—le indicó Teodoro.

Ella dudaba de estarle oyendo.

—¡Pero si es una broma, nena! Y cuando él esté a punto de inflamarse de amor por tí, entrará... la compañía.

—Bueno. ¿Y tú vendrás también, Teodoro, cuando entre esa compañía?

—Sí... sí...

Lulú quedó sola, y entonces se preguntó:

—Yo vi a dos señores en la calle de Meyerbeer. ¿A cuál de ellos tendré que decirselo?

Y llegó un señor, pero no el que Teodoro esperaba que llegase, que era Chenerol, sino el senador Arcaze, quien, al ver a Lulú, reconoció en ella a la loca de aquella tarde.

—Desearía hablar con la señorita Gaby Printemps—le dijo.

—Yo soy su hermana.

—Entonces, tal vez pueda usted explicarme cómo mi chal, que tenía cerrado desde hacía tres años...

—¡No me venga a mí con embrollos, señor! ¡Yo no sé nada de eso!

—¿No dice usted que es su hermana?

—¡Ay!... ¡Hay hombres verdaderamente irresistibles!

—¿Cómo?... ¿Qué dice usted?...

—¡Desgraciada la mujer en cuyo pecho prende la llama del amor por ellos!

—Pero...

—¡Yo le amo a usted!... ¡Yo le adoro!



—; Mire bien lo que dice, señorita!... ;Déjese de burlas!...

—; Yo te quiero para mí!

El senador no titubeó más.

—; Bueno!... ;Pues aquí me tienes!

En tan "erfíco" instante presentóse Clodomiro, transformado en mamá de *Gaby Printemps* y Lulú. La ilusión era completa. Un éxito de caracterización.

—; Vil corruptor!... ;Miserable!

Pero al ver que no se trataba de Chenerol, mur-



—; *Desgraciada la mujer en cuyo pecho prende la llama del amor por ellos!*

muró a Lulú:

—; Has metido la patita! ;No era a éste a quien se lo tenías que haber dicho! ;Vete!—Y prosiguió, dirigiéndose al senador—: ; Soy su madre, caballero! ; Esto que ha hecho usted, es indigno! ; Yo veré a la señora Arcaze!

—Yo...

—; Sepa usted, señor mío, que tiene ante sus ojos a una madre modelo, Presidenta, además, del Pa-

tronato de las Jóvenes Descarriadas!

—Mil perdones, mil perdones, pero...

—; Si hace usted un donativo decentito para nuestra bienhechora institución, es posible que pueda evitarse el escándalo!

—Tome usted, señora, y repito que...

—Todo sea por la caridad... Gracias... muchas gracias.

Poco después de haberse marchado el senador, llegó Chenerol a presencia de Clodomiro vestido de mamá.

—; Perdone, señora! ; Ha visto usted por aquí a un bombero?—le preguntó.

—; Caballero! ; Tengo yo cara de alternar con esa gente?

—No he tratado de ofenderla, pero es que debía darme una contestación de parte de Gaby Printemps.

—; Ah!... ¿Es usted el señor de Chenerol? ; Es usted quien ha enviado antes un billetito amoroso a mi hija?... ¿De modo que usted quiere cenar con ella? ; Atrevido!... ; Don Juan!... ; No sé cómo me contengo!...

—; Señora!... (¡Qué contrariedad!... ; Y yo que hubiera dado hasta cinco mil francos por cenar con Gaby esta noche!)

La exclamación de Chenerol llegó a oídos de Clodomiro, que desarrugó como por ensalmo el ceño, ansioso de llegar a un "arreglo".

—; Sentémonos y hablemos, caballero!... No crea usted que yo soy una de esas mamás cerriles que no admiten que sus hijas se permitan el menor solaz; ; nada de eso!... Yo, ¿sabe usted, caballero?, soy Presidenta del Patronato de las Jóvenes Descarriadas...

—; Me permite usted, entonces, que le entregue esto para ayudar a que entren en carril esas jóvenes de su Patronato?

—; Lo acepto para esas infelices desamparadas! Pero, ; si no me había fijado!... ; Cuidado que es usted simpático!... Esta noche, cuando acabe la función...

—; Qué?... ; Hará usted que su hija cene conmigo?



—¡Ay!... ¡Quién tuviera cuarenta años menos!  
Gaby iba a debutar. La dominaba la emoción, pero alentada por Teodoro, salió decidida a las tablas.

Chenerol, desde su palco, al lado del del Emir, no perdía detalle de lo que ocurría en la escena. ¡Qué bella estaba Gaby! ¡Cómo cantaba! ¡Qué cuerpo, sobre todo!

En el escenario, Clodomiro asistía al triunfo de Gaby. El jefe de los bomberos se le acercó, y como creyese que era fácil su conquista, osó ceñir por



—¡Ay!... ¡Quién tuviera cuarenta años menos!

el talle al que él suponía una señora, pues como tal iba vestido, y a Clodomiro se le presentó la esperada ocasión de devolverle la pelota al tío ese, dándole una bofetada de pronóstico, y mandándolo "a revisar el material de incendios".

Luego, Clodomiro fué a saludar a Su Alteza en el palco, con vistas al negocio.

—Mi hija está muy agradecida a Vuestra Alteza, señor.

En el escenario, Malvoisier, que hacía de apun-

tador, se perdió, entusiasmado por el triunfo de Gaby, y ésta estuvo a punto de echarlo todo a rodar, de no corregirse Malvoisier gracias a Teodoro.

Durante el intervalo de un *couplet* a otro, Clodomiro logró sonsacarle al Emir una sortija de alto valor, so pretexto de que era igual a una que tuvo su hija, y que perdió.

Después de la función, Malvoisier y Chenerol, rivales en el amor de Gaby, llegaron a disputarse acaloradamente, desafiándose. El Emir estaba al llegar, pues Clodomiro había conseguido presen-



Y Cuando Clodomiro presentaba a Gaby a Su Alteza...

társelo a su hija, y Teodoro, en vista de la gravedad de la situación, decidió recurrir al resorte final: se disfrazaría.

Y cuando Clodomiro presentaba a Gaby a Su Alteza, Teodoro, disfrazado de marido feroz, blandiendo una cayada enorme, apareció ante todos, gritando:

—¿Dónde está la infiel? ¡La voy a matar!



Clodomiro, muy bien en su papel de madre, se puso delante de su hija, para defenderla.

—¡Señora, quítese de ahí o cometo un suegricidio!—exclamó Teodoro.

Y, apoderándose de Adriana, la llevó a su camerino, donde ella se transformó en mujer casada, para regresar a su hogar antes que su marido.

La estupefacción de los presentes no es para descrita. ¡Malvoisier y Chenerol se dieron por vencidos, aquél celebrando que todo hubiese acabado bien! El Emir, más frío que una foca, se encogió de hombros, comprendiendo quizá que el juego había sido muy hábil...

Y cuando Malvoisier, curioso, se asomó al camerino de Adriana, después de que Clodomiro—la fingida mamá—y la hermana, hubieron entrado en él, vió como Adriana se marchaba, encantada de Teodoro y segura de que su marido no sospecharía nunca nada; y como los tres amigos se repartían las ganancias del día, muy buenas, por cierto.

—¡Para ti también hay algo! ¡Una sortija del Emir!—decíale Clodomiro a Lulú, entregándosela.

Y Malvoisier, indignado consigo mismo, retiróse de allí, murmurando:

—¡¡Qué Compañía!!

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

BRYANT WASHBURN

Véase el próximo número, detrás cubierta